

OJOS DE VIDRIO



EDUARDO MORENO ALARCÓN
OJOS DE VIDRIO

Título: *Ojos de vidrio*.
Primera edición: abril 2023.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Eduardo Moreno Alarcón.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Foto autor: © Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-126583-2-3
Depósito legal: AB 261-2023
IBIC: FA

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

A Pedro, aliado infatigable en el camino de la vida

Prólogo

La adolescencia es un naufragio, perderse sangre adentro, buscarse en los demás y si es posible regresar.

Lo habitual es que los novelistas, cuando ponemos nuestras manos sobre un tema de profundidad abisal como la adolescencia, necesitemos unos cuantos centenares de páginas para explorarlo mediante un entramado de personajes y conflictos, túneles narrativos, imágenes afiladas y giros rompedores, con la esperanza de que alguno de nuestros disparos acierte en la diana y haga saltar alguna idea valiosa, o, en el peor de los casos, con la esperanza de que nuestra pila de hojas pueda venderse como una sofisticada y críptica alegoría del asunto.

Eduardo Moreno Alarcón no necesita nada de esto porque, como queda claro en la cita que inaugura este prólogo, maneja una herramienta con la que puede perforar directamente la médula de las tribulaciones humanas, apenas con un golpe de frase, sin demorarse en kilómetros de galerías argumentales: la prosa poética.

A Eduardo le importa el lenguaje y esto es lo primero que uno tiene ganas de celebrar cuando se adentra en sus párrafos. Y cuando digo que *le importa* quiero decir que se arriesga, acepta el reto de la expresión emocional y revela algo de sí mismo en cada palabra que escoge. ¿De qué otra forma puede ser creíble la lírica? Por eso sabemos, incluso sin conocer a

Eduardo, que la suya es un alma atraída por la gravedad de lo oscuro y que sus personajes no van a pasar por el mundo de los vivos sin sentir el acecho de sus espantos.

Ojos de vidrio es una historia de adolescencia y de fantasmas. Nada más natural. A fin de cuentas el paso a la madurez se experimenta como una cacofonía espectral de voces que nos llegan desde no sabemos qué rincón del instinto, o como un laberinto de espejos que nos presentan imágenes desconocidas y amenazantes de nosotros mismos.

En las páginas de *Ojos de vidrio* no se despliega una gran parafernalia fantástica. Se trata de una historia íntima, como lo han sido siempre las historias de fantasmas, donde el aparecido busca invariablemente un diálogo de tú a tú con el protagonista. Porque tiene algo importante que contarle. Incluso cuando se trata del espíritu de alguien a quien el protagonista no conoció en vida, en el cuento canónico es necesario que nuestro héroe pase el ritual de instalarse y dormir en la casa del fantasma, como una forma de entregarse e involucrarse en su historia. Esta tradición viene de mucho más lejos que la novela gótica; han pasado nada menos que dos mil años desde que Plinio el Joven escribiera a un amigo para contarle cierta leyenda urbana que corría por Atenas, y que ya reunía muchos de los elementos básicos: la casa encantada que todo el mundo evita, el valiente escéptico, el espectro encadenado, la indagación, el hallazgo de los huesos mal enterrados...

No es este, sin embargo, el desarrollo que le interesa a Eduardo. El fantasma de *Ojos de vidrio* comparte con la literatura clásica una sola esencia, la de su paradoja: no puede estar, pero está. Una ausencia presente que aquí lleva el nombre de la tía Paula y que no produce nuestro estremecimiento con ataques o visiones espeluznantes, sino únicamente con su mirada extraviada entre dos orillas. Con sus ojos a la vez vivos y muertos. Con sus palabras, augurios que resuenan en *la noche que habita* dentro de Alejandra, nuestra protagonista, haciéndola aún más grande y oscura.

Desde el corazón de esa noche, Alejandra se pregunta, como todos los adolescentes, qué le pasa. ¿Por qué no puedo ser normal? Ya no puede encontrar la respuesta en sus padres —¿acaso no es esta la definición de hacerse adulto?— y sus amistades han adquirido de pronto filos peligrosos, de modo que solo le queda buscar en quien también fue considerada distinta, loca y algo peor, culpable del mayor pecado de Judas, que no fue la traición.

Sucede que entre el reino de los muertos y el de los vivos existe una simetría oculta, una contabilidad llevada en secreto por los cronistas de lo oscuro; por eso, en esta historia, la marcha de la sabia y bruja Paula coincide con la llegada de una nueva criatura, pura e inocente. Y por eso sabemos que al final la rueda volverá a girar y tocará muerte.

En el aspecto formal, *Ojos de vidrio* rueda sobre dos ejes que la alejan de los parámetros de la literatura comercial: la ya mencionada prosa poética y el uso de la segunda persona. Me parece extremadamente difícil y arriesgado novelar en segunda persona —me quiero llevar las manos a la cabeza cuando comienzo a leer un manuscrito con un planteamiento tan osado—, pero de nuevo Eduardo logra salir airoso del desafío y el recurso funciona exactamente para lo que se pretende: potenciar la sensación de intimidad y de confianza entre el autor y el personaje. Porque aquí el narrador no se dirige al lector, al estilo de Calvino en *Si una noche de invierno un viajero*, sino a su criatura, la protagonista de la historia. Se convierte así en una voz demiúrgica que interroga y amenaza con juzgar, pero no lo hace, y que nos convoca a los lectores como testigos privilegiados. Este juego de metaficción me ha hecho pensar en el uso de la cámara en películas como *Lake Mungo*, donde se desvanece la cuarta pared y el narrador participa en el relato como un inquisidor invisible. Ante sus preguntas, lo único que los personajes pueden ofrecer es un rostro palidísimo de temores y el enunciado de su pequeña porción de verdad.

Pero ¿cuál es la verdad completa de este relato? Tal vez sea algo parecido a esto:

En la sima del cerebro anida un germen agresivo, una ira ciega que palpita y chapotea, subconsciente, sujeta por argollas racionales. Pero si escapa a los grilletes, si logra liberarse y rompe el cerco represor, solo hay un modo de vencerla: con otra fuerza aún más violenta.

¿Qué hacemos con los instintos violentos? ¿Qué hacemos con los celos? ¿Qué hacemos con el resentimiento? Todas esas alimañas salen cada noche de sus madrigueras en el fondo de nuestra cabeza para robarnos el sueño y cambiarlo por fantasías terribles: venganzas, casi siempre. ¿Qué no somos capaces de imaginar cuando nos quedamos completamente solos?, ¿qué no se atreverá a hacer nuestra mano cuando se convierta en una *mano sin amigos*, como le sucede a Alejandra? Perder la inocencia no es solo descubrir el reverso siniestro de quienes nos aman. Hay algo todavía peor.

Los capítulos de esta novela se engarzan minuciosamente como eslabones de una fina cadena de abandonos y hallazgos: la música y el sexo, la amiga y el chico, la tía y el bebé... Pero *lo pequeño es trascendente*, como nos recuerda el narrador, y esa fina cadena aprieta cada día más fuerte el cuello de Alejandra. Es la asfixia de quien comienza a entender la gran verdad de los adultos: que el mayor abismo no está fuera de nosotros. Que es nuestro propio vacío el que nos reclama.

Porque la noche habita en todos nosotros.

Ismael Martínez Biurrun

Sus ojos son grandes y oscuros como la carne de noche
Mónica OJEDA, *Las voladoras*

El horror también puede ser una costumbre
Valeria CORREA FIZ, *La condición animal*

Qué bonito es temblar mientras se lee
Patricia ESTEBAN ERLÉS, *El sillón de terciopelo verde*

Preludio

La noche habita en ti. La llevas dentro. La oscuridad de tacto frío te posee. De pronto, no eres tú, te has convertido en otra cosa: un animal de ojos insanos y cargados de malicia.

La noche que ha infectado tus entrañas. Afuera tiemblan luces y unas horas que no cuentan. No existe el tiempo en el olvido de ti misma.

Cuando al fin has acabado, la ropa es costra de tu piel. Estás bañada en sudor y un espasmo de bestia agotada recorre tu cuerpo de parte a parte. Abres los ojos, alzas la vista y ves paredes recobrando viejos límites. Todo en su sitio en apariencia, otra vez. La misma consistencia de los sueños más intensos.

Pero ni sueñas ni despiertas.

Vaciada. Así te quedas frente al rastro que contemplas. Dejas que tus ojos sobrevuelen cada punto alrededor antes de asentir con la cabeza. Y entonces lo comprendes: no regresas porque nunca te has ido.

Un afilado gemido parece arañar el aire, tanto que hiere al escucharlo. Se repite como el eco de lenguajes inhumanos. Lo ignoras. Das media vuelta, cruzas la puerta y abandonas el lugar. A tu espalda quedan ruinas. La luz de afuera también hiere. Achicas las pupilas y caminas sin volver la cara atrás. Enfrente baten alas unos pájaros huidizos; gorriones que remontan a las copas de los pinos.

Ahora tus pasos te conducen sobre aceras desgastadas,
calles estrechas y una panda de chiquillos persiguiendo una
pelota.

También tu mente retrocede hasta la infancia.
La noche que te habita solo acaba de empezar.

Primera parte

Alejandra

La estridencia del silbato irrumpiendo en el patio. El pitido ha puesto fin a la carrera. No ralentizas. No todavía. Sigues la inercia de la marcha un poco más: bajas el ritmo, caminas y te paras frente al muro repintado. La capa blanca no ha borrado algunos trazos: en la pared, aunque velados, aún quedan restos de arte obscuro. Tú viste esas pintadas poco antes del revuelo. Tú sabes quién las hizo. Y te encantaron.

Por suerte, nadie te vio fotografiarlas.

Recuerdas el cabreo del director. Su indignación y aquel estúpido discurso moralista. Las horas de castigo sin recreo, enclaustrados, esperando confesión o chivatizo, la lista negra. «Vosotros veréis. Podemos estar aquí hasta mañana». En balde. Todavía siguen buscando a los culpables.

Sonríes por dentro. Contigo el secreto está a salvo.

Te arrimas a la verja que separa escuela y calle, esa frontera que divide dos espacios, dos universos, las aulas del mundo real. Adentro, el microcosmos controlado. Afuera, los peligros. Todos, de cualquier clase. Poco a poco recuperas el aliento. Tus dedos se deslizan por las rejas; notas su tacto granuloso de metal. Después llevas las manos a los muslos, arqueas la espalda, respiras hondo, sientes el aire oxigenando los pulmones.

Hay algo en tu interior que no se va. Algo malsano.

La clase de gimnasia ha terminado. «¡No os olvidéis de estirar!», oyes la voz del profesor en la distancia. *Que le den*. El sudor se pega a tu piel, se queda ahí, incrustado, como un virus residente. La sensación es incómoda. Jamás te ha gustado. Ni tampoco esa opresión en tu cabeza.

Os dispersáis por el patio, tus compañeras y tú. La boca reseca. Te diriges a la fuente mientras piensas en las clases que aún faltan para salir. Dos horas seguidas de Lengua pueden ser una eternidad.

Detrás de ti camina Loles. La esperas, hasta que llega a tu altura, y avanzáis en paralelo. Su rostro congestivo. Siempre se pone colorada cuando corre. A ti no te sucede, por suerte. Pero a ella sí. A ella le sudan las axilas. Observas sin cortarte los rodiales gris oscuro.

—Te sudan los sobacos. —Tu tono te sorprende por lo duro.

Tu amiga no se enfada. No parece importarle, o tal vez finge. ¿Qué te pasa? ¿Por qué esa rabia? ¿Quieres hierirla? ¿Causarle daño? La furia crece en ti. Masticas ese impulso, la encapsulada violencia, la desazón de no entender. Te quedas con la duda y un gusto ácido en la lengua. Agua. Necesitas agua. Te mueres de sed.

El cielo está raso, desguarnecido de nubes. Septiembre aún tiene lumbre veraniega, pero las tardes se van acortando. El sol proyecta sombras que nacen de vuestros pies y se derraman por la pista deportiva. De un punto indescifrable suenan voces femeninas, risitas y murmullos.

Todo transcurre a cámara lenta. Seguíis andando hacia la fuente, calladas. A veces unos segundos de silencio suponen una pequeña eternidad, una muerte pasajera de la que nadie regresa.

El volumen de sus pechos resaltado por el avance del tórax. Loles es ya toda una mujer. Loles: tu amiga del alma, la más íntima. Las dos sois uña y carne. Las dos siempre juntitas

desde niñas. Te conoce lo suficiente como para saber que estás de morros, que algo te pasa. Es ella quien desgaja la mudez.

—¿Estás un poco borde o es que tienes la regla?

Ni lo uno ni lo otro. No todo lo compartes, hay cosas que te guardas. Poco a poco, en tu cabeza se va formando un coágulo de mal humor. No abres la boca, mal disimulas, o acaso piensas qué decir. Buscas palabras que no encuentras. Pero ahí están: si no salen es porque las retienes. Loles parpadea y se aplasta la nariz con un nudillo. Ahora la miras. Espías sus gestos, sus reacciones, su mirada, el más leve detalle que refleje tirantez. Pero su cara es una máscara de cera. Inexpresiva. No muestra signo alguno de fastidio.

Ahora es ella quien te mira; te muestra sus ojos verdosos, despreocupados. Sientes su burla y su cariño. Y eso te irrita mucho más.

En un pueblo todo el mundo se conoce. Para bien y para mal. Ambas vivís en la misma calle: tú en el diez y ella en la casa que habitaron sus abuelos, portón 56. A veces vuestras madres toman juntas un café en el bar de la plaza, muy cerca del mercado en que coinciden casi a diario.

Hay cola en la fuente. Revuelo de chiquillas. El caño escupe el agua a borbotones, primero fría y luego helada. El chorro te salpica los tobillos, la ropa, el pelo. Se escapa algún gritito, arrecian risas.

Ladeas el cuerpo y tu cabeza, abres la boca. Bebes frente al silencio de Loles. Y empiezas a tomar conciencia del odio.

La estridencia aguda de la sirena. Ahora el patio es una escenografía sin personajes. Lugar vaciado de extras.

Paula

El cuarto se silencia. Tu madre ha entrado sin llamar. Alzas la vista; apartas la mirada de las notas. Estás sentada frente al atril. La observas. No tiene buen aspecto. Su cara es el reflejo de la angustia, su viva imagen.

Y está a punto de infectarte.

El clarinete queda inmóvil, yerto en tus dedos como ofidio ya cadáver. Desplegada frente a ti, la partitura hace sonora la mudez. Esta lección quedará a medias. Aplazada por espacio indefinido. También tu corazón parece encallado en compases de espera. Milésimas de segundo que se antojan una eternidad.

La casa entera es una tumba. Acaparan los rincones gritos mudos. Chillidos sin resonancia. Puedes oírlos. Los distingues: están por todas partes, en el salón y en la cocina y en tu cuarto y en el baño, también en tu interior.

De golpe te cuesta tragar: la saliva sabe amarga y roe la tráquea con aristas dolorosas. Ya sin contacto con la caña y la boquilla, tu boca es una lija acartonada. Preguntan tus pupilas. Después tu voz morosa:

—¿Qué pasa, mamá?

—La tía Paula... No está bien —dice temblando.

Y en sus palabras adviertes algo raro, una especie de cadencia que rebasa la zozobra natural.

No es la primera vez. Pero la alarma te estremece como nunca.

Una ambulancia. Es lo primero que te viene a la cabeza. Hay que llamar a una ambulancia. Si estuviera tu padre, irías a urgencias sin dudar. Pero él está fuera, dando un curso en la capital.

El teléfono. Deprisa. Vas a pulsar el 112.

Hay cicatrices que no curan ni los fármacos ni el tiempo. Han pasado varios años y aquella escena sigue viva en tu memoria. No se ha borrado de tu mente. La imagen es tu sombra, te sigue adonde vayas, te asalta con frecuencia, de día o de noche. Tan cruda, tan exacta, tan pavorosa como entonces.

Tenías once años. Después de la llamada fuisteis corriendo al saloncito donde Paula, tu tía soltera, reclinaba la cabeza en la butaca. Nunca supieron explicarte su dolencia. Decían que estaba enferma y que sufría de los nervios. Poco más. Ya se sabe: el miedo al qué dirán lo puede todo. En los pueblos nadie airea ni miserias ni misterios; los propios. Como el pecado o la vergüenza, en las familias se calla, se miente o se oculta. La podredumbre hogar adentro. La mierda siempre para fuera.

En el colegio, por supuesto, hubo rumores infundados, loritos repitiendo el comentario de sus padres, o de cualquiera. La gente que malmete cuando el filo de las penas no les roza. Qué fácil es cebarse con el dolor ajeno.

Esas personas te darán el pésame en el futuro con gesto compungido.

Qué difícil es mentir cuando se calla.

Al arrimo del brasero, arrebuja en el sillón, parecía que dormitaba. Pero fingía. La tía Paula abrió los párpados. Sus ojos, como tentáculos, palpaban todo alrededor, las paredes,

el suelo, el techo, los cuadros, los muebles, bajo las faldas de la mesa, vuestras miradas intranquilas.

—Paula, ¿qué tienes?... —El tono de tu madre es casi un ruego.

Hubo de repente, allí, junto a vosotras, una persona sentada en el lugar de tu tía; no era tu tía, tenía su aspecto, pero jamás había sido tu tía.

Y el miedo fermentó en tus intestinos cuando viste que aferraba las tijeras de costura.

Ahora contemplas una foto. Las dos frente a la cámara, Paula y tú. Es una imagen veraniega, luminosa, con el azul de la piscina y las palmeras como fondo de postal. Os la hizo tu padre durante aquellos días de agosto. Está tomada en el chalet que los padres de Loles alquilaron en la costa.

Escrutas a fondo su rostro. El pelo caído a los dos lados de la cara, cortado a la altura de la barbilla, y el brillo de fiebre en los ojos. Y tienes claro que ha salido de la imagen. Está borrosa. Fuera de encuadre.

La tía Paula ya no habita este lugar.

«La pobre ya no sufre», oyes al coro de vecinas. En el colegio algunas chicas reproducen las palabras, calcando el gesto de sus madres. Te dan ganas de escupirles a la cara. El duelo te parece un paripé de frases huecas sin sentido, un guion pausado para el caso. Cada cual interpretando su papel. Así debe ser. Así ha sido siempre. Así se justifican ante Dios y ante los hombres.

La rueda de la vida.

Miras la foto. Tu tía con la sonrisa extraviada. Es imposible que su ausencia te consuele.

Aquella tarde el mundo murió para ella. Y en ti anidó el desasosiego, un peso extraño en lo más hondo de tu carne.

No te dio tiempo ni a limpiar el clarinete. Te llevaron con tus abuelos paternos. Te apartaron de la escena. Nada de tele.

A tus preguntas respondieron que ya estaba muy malita, que fue con Dios a un cielo inmenso que no logras ubicar.

La muerte es un tabú para los niños, como el sexo. El suicidio es un pecado vergonzoso que esconder, como el aborto. No hagas preguntas que molesten. Alguien podría ofenderse.

Y así se cierra el círculo en el pueblo. Con un entierro sobrio y la callada por respuesta. Mentiras piadosas. Medias verdades.

Alejandra, deja ya en paz a los difuntos. Los muertos, muertos están.

Familia

Qué importa si es domingo. Qué importa estar en misa, tener que ir obligada, si no estás salvo tu cuerpo. Qué importa si los días se suceden como clones en cadena. Anoche gastaste las horas jugando a ser mujer. No estuvo mal después de todo. Por algo se empieza.

Hoy es domingo. Son más de las tres. Tu madre ha preparado ensaladilla rusa. Sabe que es tu plato favorito y lo prepara para ti, su niña. *A la tía Paula también le gustaba*, recuerdas con un nudo en la garganta. De postre ha hecho bizcocho de manzana. Su aroma nace del horno abierto e impregna la cocina: armarios, paredes, encimera... Gravita en el aire. Como el dolor y la ausencia.

Tu madre es buena cocinera. Mujer sufrida y laboriosa. Mujer de su casa. Pero algo en ella ha cambiado. Está distinta, como ida. Últimamente se queda embobada, mirando las musarañas. Se mueve lenta y más callada de lo habitual.

Tu madre miente a los demás.

Con la tía, a veces, las comidas eran tensas o hilarantes. *Tiene temporadas*. Chocaba con tu padre en ocasiones. Cuando murió la abuela, se vino a vivir con vosotros. Fue idea de tu madre. Ella se empeñó. *No quiero dejarla sola. No estoy tranquila. Así me aseguro de que se toma la medicación.*

Con la tía, a veces, había preguntas en el aire. Miedos mordiendo la conciencia. Pero sin ella esos espacios no resultan familiares sino fríos, cuajados de reproches.